# Amores en conserva

Alicia Lebén

# Capítulo 1

Me siento extraña contigo como si ya te conociera, como si nos hubiéramos visto en algún sueño de esos intermitentes cuando entre un cerrar continuo de los ojos caigo en cierto letargo que me hace pensar que estoy soñando.

Te imagino perfecto y sin mancha alguna, un enamorado ideal. Te visualizo entre maderos ardiendo mientras te acercas a mi, sonriente y me das un pequeño beso en los labios, luego te vas despacito para que no te oigan mis recuerdos. Así debió ser nuestra historia, así la voy a contar, porque contarla de otra manera sería terrible.

*...Pistachos*

Durante semanas seguiste mis pasos y aunque estaba un poco insegura de si dejarte acercar demasiado, finalmente lo hice. La gente siempre te dice que es amor y que te arriesgues, yo sin vacilar me puse esa navaja en el cuello pensando que nunca me lastimaría. Ese fue mi primer error, pensar que las navajas pierden el filo con el tiempo y se vuelven corderos mansos. Tú no tenías nada de cordero; ni el corazón, ni el rostro, ni las entrañas y eso me encantaba, ese caminar tuyo como de dueño del mundo, (al menos del mío). Mi segundo desacierto fue entregarte las llaves sin preguntarte ni el nombre completo. Ese nombre tuyo que al igual que todo tu era perfecto, como de cuento de hadas, "*tele novelesco*". Me gustaba creer en el capricho que mis sueños recreaban, perderme de la realidad en tus ojos oscuros donde me reflejaba si miraba con cuidado, pensar que te quedarías impoluto para siempre, que serias ese que yo vi en ti y no ese que tú veías, ese que habías elaborado por siglos.

Nuestra historia pudo ser diferente, sí que pudo. Como lo que más me jodia el alboroto del espíritu, yo te obligue a bajarte el ruedo del pensamiento –Eso sí que es molesto, cuando te obligan a bajarte la falda porque esta peligrosamente tocando el paraíso. Tu advertiste con cierta molestia que aunque lo hacías por mantenerte la cordura, te gustaban las faldas cortas y tu caminar bronco y que odiabas que te bajaran las expectativas más de dos centímetros por debajo del juicio. Pero yo era incorregible, me gustaban las caricias a mi modo y los besos eternos y apasionados, me gustaba pensar que estábamos en esas telenovelas mexicanas donde el amor parecía no inmutarse con la rotación de la tierra –Claro, seguir siendo esa chiquilla que pintaba de azul a los anfibios y los

convertía en príncipes.
Ese fue el primer síntoma, tú lo advertiste de nuevo pero yo embelesada entre canciones pardas y osos sinfónicos no te escuchaba los pasos.

Seguí soñando con los ojos entre cerrados y la luz pegándome entre los párpados. Volteaba mi mirada de la tuya porque ya no eras tan pulcro, los ojos de sapo te sobresalían entre las pestañas y eso empezó a desagradar a mi extravagancia, empecé a buscar como colorearte de azul profundo porque el celeste se chorreaba entre las noches silenciosas y el cansancio de las aves. Me disgusto a sobremanera que me despertaras del sueño permanente con un vaso de agua fría, sin inmutarte siquiera. Quería seguir soñando, soñando contigo, pero no ese tigo que eras, en el que tus momentos de hombre te habían convertido.

Ya no veía mi reflejo en tus ojos profundos, veía los tuyos en los míos y no me gustaba, ya no te visualizaba entre maderos ardientes endiosado en tu maravilla, ahora veía tu rostro en los desayunos y en los corre corre que se hace tarde, en los me siento un poco triste déjame solo, en los te amo y te amaré para siempre entre sonrisas amistosas y abrazos fraternos, en los me molesta y quiero y me parece, en todas esos párrafos que no aparecían en los diálogos de los personajes de las historias.

Pensaba que habías cambiado el diálogo porque ya no me querías, que te negabas a cubrirte la rabadilla del pensamiento para verte vulgar e impreciso, miraba en ti todo y en mí no miraba nada, me veía inmaculada, una princesa de cuento que había sido estrangulada por el azar del destino ¡Pobre de mí! ¡Pobre niña soñadora! Me habías arrancado hasta las ganas de echar un suspiro en el aire.
Ya entrada la noche, desfogaste tus miedos y tu humanidad en otras versiones de mi misma, esas versiones que tú veías al caer cada tarde y que yo embelesada entre mis risos dorados y mis convicciones lacias y oscuras no podía, no quería, no encontraba satisfacción.

Ese fue precisamente el momento en que tu amor se volvió divino, entre mis ojos circundados por sombras, entre mi quiero y déjame sola, entre mis susurros de te amo colándose por en medio del silencio de las tardes de lluvia, entre mis necesito y no me dejes y mis besos en el regazo durante mis cansancios nocturnos.

Aún siendo tan claro no lo vi entre el azul celeste brillante que me encandelillaba los ojos y mis ganas de colorearte el rostro y las faldas cortas; ese azul que quería insistentemente cubriera todo de arriba abajo.

Ese fue el último error, tratar de saciar mi sed de cuentos de hadas y de

ver en ti ese precioso azul celeste y profundo que había estado preparando desde que se me despertó la mirada. Sacie la profunda sed que me secaba la garganta contigo, con ese tigo que no eras tú, que nunca habías sido. Te sequé el alma con mis requerimientos y mis demandas, esas que no cubría el azul que me había manchado el rostro, te asfixié el pensamiento hasta detener ese corazón que veía animoso palpitar entre abrires y cerrares, entre amaneceres impolutos y noches tranquilas en el regazo de la luna.

Me regodeé de mi desdicha, te abracé fuerte para revivirte el corazón azul muerte, te besé los labios de anfibio, de hombre, de maderos ardientes con desesperación para despertarme del asombro. Ya no podía entrecerrar los ojos para verte caminando entre holas y un te quiero, entre te amos mezclados con helados de chocolate y vainilla, entre polaroids de caricias y besos de buenas noches, entre para toda la vida y abrazos intermitentes mirando las estrellas, entre tu hermoso color dorado que te brotaba por los poros, entre asteroides y planetas girando, entre la vida que había sido perfecta, impoluta, inmaculada a tu lado, y que yo no había podido ver por estar entrecerrándole los ojos a un sueño.

Alicia Lebén. Derechos reservados.

# Capítulo 2

*Microrelato*

Habían estado juntas desde que tenían memoria, habian compartido el vientre materno y los bailes de graduación, sus vestidos iguales y sus rostros surcados por los mismos placeres y temores de diámetro idéntico.

Desafortunadamente para mí, me enamoré de sus surcos y su casita de porcelana. Para mi desgracia fui yo también víctima de ese compartir malsano de todas sus aventuras, no era yo suficiente como uno, entonces, me partieron el corazón en dos y cada una se llevó un pedazo.

Alicia Lebén. Derechos reservados.